

La música como herramienta educativa de los pueblos de Anáhuac

Para la cultura náhuatl el hombre es un producto inacabado, es decir es perfectible, de ahí su desconcertante designación en esta lengua milenaria: *tlakatl*, que significa a la mitad. Para los maestros mayas, *winklil* es la forma para designar el concepto hombre como “ser vibrátil”, actividad que los sentidos deberían mantener las 24 horas del día, percibiendo las innumerables agitaciones que van del estallido de las ultra galaxias hasta las diminutas explosiones del recambio celular en el organismo.

La máxima conquista de la *nepaualoua-nezkaltilyan* o educación náhuatl fue dar al individuo su sitio exacto en el concierto universal, con la ubicación tanto en el aspecto dimensional como espacial. Sabían perfectamente cuál era el sitio que el universo le había asignado para lograr su propia individualidad.

El *tlatimini*, como *izkalotzin zepayeuatzin*, acercaba al hombre inmaduro a la cosmo-percepción de la venerable mecánica del universo en movimiento, para de ahí encontrar su tamaño exacto en relación con todo cuanto le rodea. En la psique náhuatl se constatan varias dimensiones para introducirnos a nuestra propia y única realidad: *movimiento, tiempo, espacio, vida*.

Este acercamiento a la forma de educación en las culturas autóctonas, gracias a la tradición oral, pone de manifiesto el concepto de que el cuerpo humano fue desarrollado para entender cada una de sus capacidades, a partir de su reconocimiento como un ente vibrante, para sentir o dejarse percutir por esa sinfonía que hemos dado en llamar universo.

Los antiguos maestros enseñaban a sus alumnos a afinar su cuerpo como un instrumento musical, para participar de manera consciente en el concierto armónico llamado *teotl ometeotl*, es decir, el corazón del cielo.

Lo que se propone aquí es una aproximación al problema de cómo la música fue utilizada como método de enseñanza en los antiguos recintos de educación, como parte primordial en los pueblos originarios del país.

* Profesor del Diplomado en Musicoterapia, Universidad Autónoma Chapingo.

Desarrollo

Las diversas culturas, antiguas y modernas, han planteado en algún momento de su historia la interrogante sobre el origen y significado de su presencia sobre la Tierra. En la actualidad vivimos incrustados en la retórica emotiva de la fugacidad. No concebimos a la naturaleza como parte preponderante de nuestro desarrollo como especie. Nos convertimos cada vez más en autómatas. Los estímulos generados por nuestro entorno se desvanecen en la pesada bruma de nuestra indiferencia. El análisis y el discernimiento que conlleva la abstracción requieren del equilibrio interno de los individuos, sobre todo en el ámbito del intelecto.

Las reacciones negativas de las personas hacia su medio ambiente, son provocadas por resonancias internas alteradas. Cuando el despertador, por ejemplo, genera vibraciones que alteran la armonía del ser humano, se presenta un desequilibrio que afecta durante gran parte del día el rendimiento laboral o escolar de gran cantidad de individuos.

El mundo en que vivimos exige reacciones inmediatas. Las rutinas modernas destruyen costumbres milenarias. Se han convertido en actos mecánicos los detalles que configuran la convivencia armónica de la sociedad. Las vibraciones verbales que implican buenos deseos para los demás carecen de sentido. La naturaleza pierde gradualmente su poder creativo, bajo la sombra indiferente y destructiva de la vanidad humana.

Para los habitantes del México antiguo —mayas, tenochcas, toltecas, teotihuacanos, entre otros—, conocidos de forma genérica como anahuacas, la música formaba parte importante de la educación de niños y jóvenes. Era parte del quehacer cotidiano, que de manera gradual exigía el desarrollo de habilidades prácticas e intelectuales, hasta desembocar en actividades que requerían de un gran esfuerzo físico y mental.

Las vibraciones sonoras producidas por sus instrumentos musicales ofrecían el poder regenerativo y fortificador de los espíritus ancestrales; además, los sonidos emitidos por la voz humana eran invocaciones para sostener y fundamentar el orden y la armonía de la venerable mecánica del universo en movimiento.

De acuerdo con la tradición oral, los primeros soni-



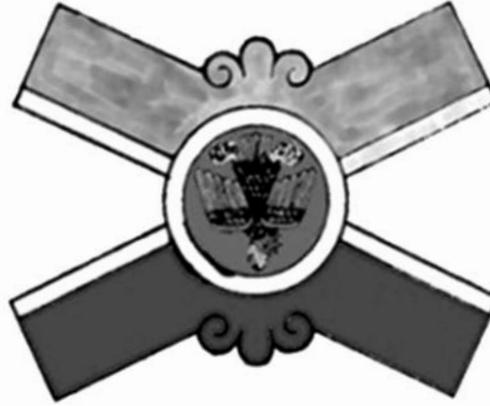
dos audibles para la cultura náhuatl fueron las *hulakan* (a, e, i, o, u), vibraciones sonoras elementales que lograron su plenitud y esplendor con el surgimiento de más de 120 lenguas autóctonas en todo el territorio mesoamericano.

El florecimiento de una lengua depende de un intrincado proceso de construcción semántica y sintáctica. El tiempo, por su parte, percute desde la dimensión del sonido hasta la aparición de sensaciones complejas en nuestro microcosmos interminable. El temor, la alegría, el arraigo y el sentido de pertenencia a un grupo determinado, son situaciones que provocan las transmutaciones o procesos evolutivos de la cultura.

Las civilizaciones mexicanas antiguas utilizaron apropiadamente los recursos naturales, permitiendo que nuestro planeta conservara su equilibrio energético. Consideraban al sol como el principal proveedor de energía y detonante milenario de la exuberante y prodigiosa vida planetaria.

El caracol, por ejemplo, era considerado la piel y el espíritu de la sabiduría, capaz de sentir el movimiento del universo y de viajar en la palpitación de las galaxias primigenias. Además de contener, en su estructura espiral, el primer latido del cosmos y la historia científica de su evolución.

Por otra parte, el ser humano actual es heredero de una gran cantidad de elementos cósmicos, presentes en los latidos de su corazón, en la semilla acústica del viento, en la presencia vibrátil de la luz y la lluvia.



Para las culturas antiguas, la música produce efectos perceptibles en nuestros componentes físicos y psíquicos, profusamente analizados y registrados desde tiempos remotos por los estudiosos de nuestro país, y que fundamentan el presente trabajo.

Martínez¹ señala que los maestros mayas definen el fenómeno musical con el término *pax*, que significa *romper*, es decir, la fragmentación de los estados de ánimo. Dicho autor menciona las siguientes situaciones:

—Una melodía puede transformar al cobarde en valiente o acobardar a éste con música plañidera y triste.

—Eleva el ánimo y lo transporta a regiones sublimes, alcanzando territorios espirituales insospechados.

Asimismo, en el contexto de la sabiduría maya *romper* es alterar los estados ordinarios de percepción hasta lograr la identificación total con el infinito. Es la revelación que establece, para Martínez, que la música es el lenguaje con que el hombre entiende el corazón del universo, para hablar con Dios. También es un idioma cósmico, emanado del primer estallido. Se compara con la vida y la muerte, con el principio y el fin de la armonía universal. Este fenómeno se reproduce en la composición musical. La melodía y la armonía suponen la desaparición momentánea de una nota y el surgimiento de otra.

La música es considerada un arte sublime y representativo de la creatividad humana. Es el paradigma de nuestra realidad: vida que surge de la fragilidad, que a su vez proviene de la vida. El ser humano es un ente vibrátil y energético, creador de instrumentos musicales que lo remiten a su origen. Su corazón funciona mediante descargas eléctricas, latidos que evocan percusiones, golpes rítmicos y vivificantes.

In Tonaltzin es el sol que late como músculo cardíaco. Muñoz² establece que se dilata y contrae en un

lapso aproximado de tres horas; se balancea como una campana, y durante este intervalo produce la conjunción armónica de cien millones de ondas acústicas diferentes.

Por otro lado, este movimiento ondulatorio, presente en la bóveda celeste desde el momento de la

“gran explosión”, convirtió a la serpiente en el símbolo de la sabiduría para los pueblos de Anáhuac. Representa, además, la vida, el poder, los planetas, los sistemas solares, las galaxias, las ultragalaxias, la inteligencia humana y el espacio cósmico infinito.

En la tradición oral chalca, el concepto de *nauyotl*, cuyo significado aproximado es la “esencia del centro” integrado por el cuadrado que forman los cuatro puntos cardinales —por donde sale el sol o *ikizatonatiuh*, por donde se mete el sol o *kuauhitleko*, a la izquierda del sol o *uitztlampa* y hacia la derecha del sol o *miktlanpa*—, haciendo referencia de nuestro pensamiento, las ideas se deben iluminar por sus cuatro lados, es decir, que el pensamiento náhuatl es claro por el mismo objetivo.

Al estar iluminados, los procesos mentales, como lo indicaba Izkalotzin, el hombre puede sentir la tranquilidad que le permite estar acorde con las propias circunstancias. Desde la perspectiva náhuatl, el proceso mental se estructura de acuerdo con su propio método educativo: observación, experimentación, descubrimiento y creación.

Lo primero que interviene en la construcción del pensamiento son los sentidos, que al experimentar el frío, el calor, la luz, la oscuridad y demás elementos de la naturaleza llevan al cuerpo humano a la experimentación e interpretación de tales sensaciones. Posteriormente el cuerpo descubre los fluidos energéticos y químicos que se interpretan como emociones, con todo lo cual se está en la antesala de la creación; sin embargo, hace falta conectar de manera consciente las facultades, la memoria, la inteligencia, la voluntad y la más poderosa de todas: la sexualidad, ya que esta energía o facultad es capaz de generar nueva vida, la pervivencia.

¹ D. Martínez, *Parapsicología maya*, México, Manuel Porrúa, 1981.

² D. Muñoz, *El cáncer, un mal ecológico ancestral*, México, Ediciones JGM, 1990.



Con estas cuatro facultades, que nos hacen diferentes a otros animales de la naturaleza, nos damos a la tarea de completarnos, es decir, sentir la satisfacción plena de lo que significa estar vivos. Estas facultades se localizan en el cerebro humano, y en Anáhuac se les llamaba: *tezkatlipoka* negro, *tezkatlipoka* blanco, *tezkatlipoka* rojo y *tezkatlipoka* azul.

El referente y las imágenes de estos cuatro espejos podemos localizarlas en un códice de origen mixteco conocido como Códice Borgia. En una descripción sencilla el primer espejo es *yayaubki tezkatlipoka*, el espejo negro que simboliza la facultad de la memoria, el conocimiento silencioso, la genética, el inconsciente, el comando que hace automático el funcionamiento del cuerpo humano. *Ketzalkoatl* es el espejo blanco de la inteligencia, el esclarecimiento de cada uno de los elementos que conforman al ser humano a lo largo de su camino de perfeccionamiento. Referente perpetuo de que la inteligencia sin sabiduría, poco aporta a la evolución humana. *Xipe totek* es el espejo de la energía de la vida en los dos planos, la espacial y la temporal, son los recambios que el mismo universo necesita para continuar con su tarea. Es la energía de la primavera a nivel planetario y en el ámbito humano, es el poder de la reproducción sexual, “la energía sexual”. Estas tres facultades deben ser apoyadas de forma determinante por el *Uitzilopochtli*, el espejo azul de la voluntad, ya que todo trabajo intelectual, por muy brillante que sea, no se realizará por sí solo. El intento

En la actualidad el hombre moderno vive de manera disociada, siente de una manera, actúa de forma contraria al sentimiento. Piensa sin tener en cuenta los dos aspectos anteriores y al hablar niega todo lo que ha experimentado. Al ponerse en movimiento no sabe hacia dónde dirigirse. Es decir, pasa mucho tiempo de su existencia viviendo en el pensamiento, y no ha sido capaz de descifrar ese maravilloso fenómeno llamado vida. En consecuencia, pasa la mayor parte de su tiempo de vida rumiando sobre lo que no pudo llevar a efecto, así que esta disociación de sí mismo representa un impedimento para lograr el mandato máximo que el infinito le tiene reservado: crear como el universo mismo.

Conclusiones

De acuerdo con la tradición oral, la misión creadora del hombre náhuatl se sintetiza en enseñanzas como la siguiente:

Que los sentidos coman con avidez,
y que como las abejas, transformen sus alimentos en miel,
para que con esa miel alimenten a Tezkatlipokatl y
para que con la carne y la sangre de este,
se alimente Ketzalkoatl.
Pero que Uitzilopochtli, coma su propia carne y
beba su propia sangre.

Si partimos de que éstas son facultades, debemos entender que pueden ser el principio de la psicología náhuatl, de los sentidos a las emociones, a la interpretación de éstas y de aquí al salto de la autoconciencia, y que la voluntad que sostiene al universo, el intento, sea la misma que nos lleve a la consecución del concepto de hombre completo.

Entre otras técnicas que han llegado hasta nuestros días, encontramos la práctica del ayuno, la vigilia, la danza para fortalecer al cuerpo y su resistencia física como trampolín a la resistencia emocional, donde se encuentran la poesía, la lengua náhuatl, la filosofía, el teatro, la lectura de códices; es decir, la práctica de la cultura viva. Todas acompañadas por la herramienta vibracional que es la música.

Con estas y muchas más prácticas nos pondremos en camino del perfeccionamiento del ser humano. La cultura náhuatl desarrolla en el humano una cosmo-percepción, para lo cual toma estos y otros ejes explicativos: *ollin* (movimiento) y *kauitl* (tiempo). *Izkalotzin* nos enseñó que la primera dimensión del hombre es el movimiento y la segunda el tiempo, entendiendo éste como la actividad de la mente, la creación de ideas, la autoconciencia y demás actividades intelectuales propias del cerebro.

El retorno de los movimientos celestes, *Xoxoubkixikaltzintli Ikuepkayo*, el hombre al despertar todos los días tiene un reencuentro con la vida, con las cosas que ha hecho; *ilhuitl*, el día, es el estar de regreso en este hermoso planeta, para constatar que somos producto del universo, es decir, somos universales.